LA POESÍA DE JUAN VALERA: LUZ INTERIOR DEL ALMA

Juan de Dios Torralbo Caballero
Universidad de Córdoba

Y a fin también, de que lo menos malo de mi ser,
lo más delicado y puro de mi espíritu,
permanezca en esta tierra, cuando yo pase.

(Valera, 1930a: 20)

En 1924 se celebra el Primer Centenario del nacimiento de Juan Valera. La Real Academia Española prepara un «Ciclo de Conferencias» y patrocina sendas publicaciones al cuidado del padre Raimundo González, Araujo Costa, Candela Ortells, Antonio Maura, el conde de las Navas, el marqués de Villa–Urrutia, Rodríguez Marín y Giménez Caballero. En 2005 se celebra el Primer Centenario de su muerte, destacamos cuatro efemérides: La Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes alberga un Simposio sobre Juan Valera del 7 al 9 de marzo de 2005, el miércoles, 4 de mayo, la Ministra de Cultura, Carmen Calvo, preside un acto conmemorativo en la Biblioteca Nacional en el que presenta, entre otras actividades, el II Congreso Nacional sobre Juan Valera (27 de abril - 1 de mayo), celebrado en Cabra. Doña Mencía programa «Valerianos 2005» que acoge un «Ciclo de Conferencias». Nuestra aportación ahora va encaminada a mostrar su poesía. Valera es novelista, cultiva el teatro, el cuento, el relato periodístico, traduce, y ensaya la crítica literaria. La herencia literaria de Juan Valera Alcalá Galiano demuestra que toca todos los palos. La poesía también debe ocupar su lugar.

I ENSAYOS POÉTICOS (GRANADA, 1844): INOCENTADAS DE CHIQUILLO

Juan Valera compone los primeros versos a sus 11 años. Las revistas *El Guadalhorce* de Málaga y *La Alhambra* de Granada o *La Tarántula* y *El Pasa-*

tiempo (cfr. DeCoster, 1970: 1) dan fe de su vuelo prematuro y muestran su primer alumbramiento creativo. En 1844 se gradúa bachiller en Jurisprudencia y su padre lo premia con la edición de sus poesías.

Ensayos poéticos consta de 113 páginas. Se elabora y se gesta en la Librería de Benavides, ubicada en la Calle Nueva del Milagro, en los números 5 y 7, de Granada, estando ultimado en abril de 1844. Valera, ante la poquísima venta, lo retira. El único ejemplar que hemos localizado de esta maltrecha publicación lo tiene la familia del autor.

Él mismo constata que en esta época «vivía lleno de ilusiones, de esperanzas, y en medio de sueños que, entre otros muchos defectos, tienen, a no dudarlo, el de ser inocentísimos» (Valera 1930b: 292). En varias ocasiones tilda estos versos como «inocentadas de chiquillo». A pesar de esta aparente o consustancial superficialidad y frescura, aduce en 1886: «Yo parto del supuesto de que en mis versos hay significado, y pruebas de que el autor sabe lo que dice, y afectos y pensamientos propios del autor» (13).

II **POESÍAS** (MADRID, 1858): CANDOR, LOZANÍA Y FRESCURA DE JUVENTUD

En 1845 continúa publicando versos en ediciones periódicas. En 1846, al terminar los estudios, se traslada a Madrid y publica, en *El Siglo Pintoresco* y *El Artista*.

La imprenta de M. Rivadeneyra edita en 1858 el volumen *Poesías*; las notas preliminares están a cargo de Antonio Alcalá Galiano. Consta de 252 páginas y mide 17,8 centímetros sin cortar. La obra incluye poemas del anterior volumen (*Ensayos poéticos*) y contiene otros más recientes. Cánovas del Castillo, Menéndez Rayón y José Amador de los Ríos hicieron eco de este libro en la prensa de la época.

Por estas fechas sus quehaceres escriturales no decrecen ya que funda –con Miguel de los Santos Álvarez y Pedro Antonio de Alarcón– *La Malva. Periódico suave, aunque impolítico* y colabora en la revista satírica *El Cócora* –fundada por Andrés María Segovia–. Son fechas de candor e inocencia creativa y vital que, después, retrospectivamente, reconoce sin cortapisas: «[...] El autor muestra lo que en su espíritu hay de más limpio y hermoso» (Valera, 1930a: 13). (*Ibidem*: 16):

Añadiré todavía a mis versos ciertas buenas prendas de que la prosa carece: el candor, la lozanía y la frescura de la juventud, y propósitos más puros, porque los versos están hechos sin la vana y egoísta esperanza de ganar con ellos dinero, influjo o al menos fama inmediata, sino sólo por amor entrañable de la misma poesía y con anhelo cariñoso de vivir en lo futuro en algunas almas, afines a la mía.

III CANCIONES, ROMANCES Y POEMAS (MADRID, 1886): CONSUELO Y DISTRACCIÓN

«[...] Yo no vacilo en reimprimir hoy con creces, las cosas que he escrito en verso, llamémoslas poesías, buenas o malas, que se publicaron muchos años ha, coleccionadas, y cuya primera edición se agotó al cabo» (Valera, 1930a: 6). Esta afirmación de Valera está dirigida «Al Señor D. Marcelino Menéndez y Pelayo» y publicada como pórtico de *Canciones, romances y Poemas* (Madrid, 1886). Se refiere al libro de 1858, es decir, a *Poesías* ya que el primero –*Ensayos poéticos* (1844)– lo retira de la circulación *motu proprio*. Esta reacción a la nula venta de su libro contrasta con la aseveración de polo opuesto que emitirá en 1886: «[...] Mis versos, pues, a flote, no pueden ni deben ya ocultarse ni retirarse de la circulación» (12). En realidad, ya ha paladeado las mieles de la fama con *Pepita Jiménez* (1874), *Las ilusiones del doctor Faustino* (1874-1875), *El Comendador Mendoza* (1876-1877), *Pasarse de listo* (1877-1878) y *Doña Luz* (1979) y ha degustado la vida diplomática, a la vez que ha sido expuesto a los vaivenes de la vida en el orden personal, familiar, editorial y literario.

En 1886 sale de las prensas de M. Tello un voluminoso tomo de 552 páginas y 15,9 centímetros: *Canciones, romances y poemas*. La presentación está a cargo de Marcelino Menéndez Pelayo, impresa tras la carta o petición que Valera envía a éste, en la que declara ideas tan personales como «ahora busco lo que antes no buscaba: consuelo y distracción en mi soledad y en mi pena» (Valera, 1930a: 19).

Valera conoce a D. Marcelino desde 1875 y desde entonces mantienen una fluida relación epistolar. Esta amistad cuaja de tal forma que Valera, como acabamos de apuntar, el 7 de julio de 1885 le solicita los comentarios que acompañarían al libro de 1886, y el santanderino responde a la llamada (Menéndez Pelayo, 1928: 49):

> [...] Justo es que se alce también la voz del señor Valera, a quien como poeta, muy pocos españoles conocen, y que, sin embargo, tiene su nota lírica propia, original y característica, y ofrece, además, en su libro una copiosa y variada antología de poesías insignes y famosas de grandes ingenios extranjeros, con la mayor parte de los cuales no había tenido hasta ahora la Musa castellana trato ni comunicación de ninguna especie.

En esta carta explica el autor que «[...] ha resultado que he escrito pocos versos originales, y que he traducido, o más bien adaptado a nuestro idioma, mucho de literaturas extrañas, ya parafraseado, ya compendiando y extractando» (*Ibidem*, 15).

Unos versos que se empeñó en compilar, ordenar y publicar. Cuando redacta dicha carta se encuentra en Washington, donde recibe varios varapalos desde ambos lados del Atlántico (*Ibidem*, 19):

> [...] desde que supe la muerte de mi hijo mayor, robusto, hermoso de cuerpo y alma y en la flor de su edad, está fijo en mí, como nunca, el casto y severo pensamiento de la muerte, que nos induce a meditar y a emplearnos en las cosas más graves. Y, como no dejaré bienes de fortuna que hereden mis otros hijos, vivos aún, es de gravedad para mí arreglar y ordenar el único caudalillo que he allegado, fruto de mi estéril ingenio, y hasta apresurarme a trabajar para acrecentarle, con algo de más valer, a fin de que, si el amor propio no me engaña, vierta algo de brillo simpático sobre mis hijos este mérito mío, y predisponga el corazón de las gentes con respeto y cariño para ellos [...].

En sus poesías se adivina una honda voz sincera con claridad diáfana que brota del microuniverso textual e ilumina al lector: «porque yo, tal vez habré pecado por error, pero no tengo remordimiento de haber puesto jamás intención viciosa en mis obras más ligeras y desenfadadas; sino que, siempre, cuando no la bondad moral, me ha inspirado el amor puro de lo bello» (*Ibidem*, 20).

IV QUINCE POEMAS DESCONOCIDOS Y UN FLORILEGIO

Si espigamos los archivos, publicaciones de la época, bibliotecas de los estudiosos[1], etc. se encuentran varios poemas que no están incluidos en los tres volúmenes antedichos.

«A Rosina Stoltz» es una composición en portugués cuya destinataria es la actriz que le da título, compuesta en 1851 y 1853, durante su estancia en Lisboa o Río de Janeiro. Este poema de 6 estrofas y 24 versos no se incluye en ninguno de los tres libros abordados en los epígrafes precedentes. Lo mismo ocurre con los 14 siguientes poemas que enumeramos.

En 1854 compone el soneto «A los 30 años» y en la parte trasera de la misma cuartilla figura otro soneto, que, seguramente, data del mismo año, titulado «Al género humano». El poema destila un Valera cuyo ánimo se va atemperando, una inocencia encalleciéndose, cuya alma se cubre de nebulosa, poema que tal vez no ve la luz por el concepto del decoro y del pudor decimonónicos:

Con menos esperanza que ventura,
Sin limpieza en el alma, ni en el pecho,
Aún mancha el hombre el asqueroso lecho
Que este hospital del mundo le procura:

Ni tiene el mal que le atormenta cura,
Aunque quiera curarle el que le ha hecho,
No él desea sanar de ese despecho
Y de esa sed de hiel que es su frescura.

Su amor es odio, su placer es pena,
Cada consuelo suyo es una herida,
Y cada libertad una cadena,

Maldita criatura y mal nacida,
A quien su genio tutelar condena
A vivir de odio y asco de la vida.

---

[1] De mucha utilidad resultan las cajas de los «papers» de Cyrus DeCoster que Custodia la Biblioteca de Northwestern University, así como sus jugosas publicaciones.

En el intervalo 1856-1857, después de viajar a Rusia, fechamos el «Nuevo y curioso romance» de 31 versos, «en el cual se relata, punto por punto, y tal como en lengua rusa la escribió un famoso poeta, la lastimosa y trágica historia del valeroso mercader Kalasnikof y del guerrero favorito de Ivar de Moscovia» (DeCoster, 1965: 48). «El poeta famoso» se refiere a Miguel Lermontoff.

«Coro de Mandarines» es un poema satírico compuesto para *El Contemporáneo*, probablemente en 1861 o 1862. Contiene 35 versos. El comienzo es así:

> Don Saturnino
> Aprende el chino,
> Chung, chin, chian.
> Ya es literato,
> Y budiato,
> Y tanistato;
> ii, shi, tan.

«Para ti, Blanca Rosa» es un poema en prosa, de 1863 y 1864 (cfr. DeCoster, 1965: 52). «A la reina Doña Isabel II» se publica en 1865 en *Poesías dedicadas a S. M. La Reina Doña Isabel al ceder a la nación mayor parte de su real patrimonio*[2] (Madrid, Rivadeneyra).

Los otros poemas que hemos localizado son: «Tetis y Peleo», «Décimas filosófico-melancólicas», «Leonor», «A Isabel la Católica por el descubrimiento de América», «Soneto Político», «Fragmento» y, en fin, «Amor y Ambición».

Pasemos al *Florilegio*. Las dos primeras ediciones de sus trabajos son poemas, la décimo séptima también. Valera publica en vida 42 ediciones. La edición número 40 es el *Florilegio*[3] *de poesías castellanas del siglo XIX* (Madrid, Fe), que consta de cinco tomos, si bien el trabajo global proyectado tendría seis volúmenes.

Durante 1902 y 1903 salen a la luz los cinco tomos de la colección. Se trata de una obra digna de análisis, y que por motivos obvios de espacio no perfilamos aquí, aunque no nos resistimos a esbozar alguna nota. Resulta destacable la selección del *corpus*, la inclusión de mujeres escritoras con títu-

---

[2] Se trata de 70 poemas de escritores casi todos desconocidos hoy día.

[3] Los tomos se distribuyen en 380 páginas, 384, 384, 447 y 340 respectivamente, cada volumen abarca 16 centímetros.

los nobiliarios, la exclusión y el silencio sobre otras, como Rosalía de Castro (¡!) cuya cuna no es de abolengo o alcurnia, las motivaciones sociológicas (grupales), personales y estamentales, que impulsa la antología, etc.

Si obviamos estos quince poemas y el trabajo antológico en el *Florilegio* su labor poética cabe articularla entre pomas originales, paráfrasis y traducciones. Así, al menos, la segmenta Luis Araujo Costa (cfr. 1947: 1350–1513) en las conocidas *Obras Completas*.

A tenor de cuanto venimos arguyendo, queda patente que una parte de la labor creativa de Juan Valera es poesía. Tampoco desdeña el escritor andaluz la musa poética como parcela crítica. En 1861, cuando es elegido miembro de la Real Academia Española la alocución de su discurso de ingreso que expone se intitula «La poesía popular, ejemplo del punto en que deberían coincidir la idea vulgar y la idea académica sobre la lengua castellana». Seis años después, ya casado (a sus 43 años), dedica los primeros años matrimoniales a traducir *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*[4], de Adolf Friedrich von Schack. En 1868 funda la *Revista de España* con su amigo José Luis Albareda, donde vierte sus primeras novelas. Tras la Revolución de 1868 y su participación en la política viene su retiro, a la par que la caída de Amadeo de Saboya (1873). Retiro pionero que sirve de impulso para su entrega a las letras.

El interés en la creación poética le lleva a traducir poemas de otras lenguas; de especial interés resultan las versiones alemanas y las traducciones inglesas[5]. Valera representa una fuerza motriz en el origen del hispanismo inglés, traduciendo incluso seis composiciones norteamericanas de poetas desconocidos para el público español. También es un heraldo al estudiar la literatura hispanoamericana. Por esto es conocido, leído y reseñado por unos, incluso en ocasiones denostado por otros, en América Latina. A este prolífico monto hay que añadir sus tentativas dramáticas (*La venganza de Atahualpa, Lo mejor el tesoro* y *Asclipigenia*), o su entrada a la atalaya de los cuentos (*El bemejino prehistórico*, etc.) así como la traducción de *Las pastorales de Dafnis y Cloe*, del griego Longo.

---

[4] La obra se publica entre 1867 y 1871 y se compone de tres tomos.

[5] De estas traducciones nos ocupamos en otro artículo, publicado también dentro de este libro.

Parece adecuado dirigir los pasos hacia la inmanencia textual y apuntar algunas notas sobre la temática, el universo referencial, el estilo y la poética que el plectro de Valera despliega en sus versos.

V LA POÉTICA DE VALERA

Los primeros atisbos poéticos de Juan Valera son engendrados en la corriente romántica. Tocan la desilusión sin prenderse del nihilismo y desesperación de un Mariano José de Larra. «Fantasía» se arraiga en la metáfora de las flores que el tiempo devasta y las pasiones que derrumban las ilusiones.

Un cuadrante de poemas está imbuido por el tema religioso, éstos son, «En la égloga cuarta de Virgilio», «La divinidad de Cristo», «A la Santísima Virgen», «La resurrección de Cristo», «Amor de cielo» y «Plegaria».

La vertiente amistosa y patriótica la cultiva en «El álbum de Conrado» –donde emula a Horacio–, «A mis amigos», «Granada y Nápoles» y «A Cristóbal Colón». La tradición más popular se encumbra en «Ofrendas de los pastores» o en dos canciones andaluzas «Coplas» y «A Rojana».

Valera está subyugado por los cánones de poesía clasicista. En un fragmento escrito hacia 1860, probablemente para *El Cócora*, intitulado «De la imitación y de la originalidad» aduce Valera (DeCoster, 1965: 129) que «se leen autores antiguos y entra enseguida en el alma el deseo de imitarlos. Pues, ¿qué se debe hacer para no imitarlos? No leerlos». Juan Valera (1930b: 292) deja sentado que «el autor es siempre el autor, imite a quien imite [...]»; y el prologuista de los *Ensayos poéticos* concluye «imita si quieres que te imiten» (Jiménez, 1930: 23).

Valera tiene claro la necesidad de notas que ayuden a la intelección de la lectura. A los versos de 1844 añade un aparato crítico-hermenéutico *a posteriori*. Declara a Menéndez Pelayo (Valera, 1930a: 12):

> Mis versos, pues, a flote, no pueden ni deben ya ocultarse ni retirarse de la circulación. Lo que me está bien es que, ya que siguen con vida, sean lo menos desdeñados que se pueda. Para ello es condición indispensable que sean entendidos. Acaso no pocas personas los desdeñan porque no los entienden. Y no se me arguya que los versos deben escribirse por tal arte que los entiendan todos los lectores. Por poco que sepa el poeta, y yo he confesado ya que no sé casi nada,

> siempre puede saber algo que ignore quien lo lea; y, por lo mismo que no tiene la pretensión de enseñar, dice cosas, que da por sabidas, y alude a doctrinas y a sucesos que supone que todos conocen; pero, como no los conocen todos, la mayoría se queda a obscuras y no sabe por completo lo que el poeta quiso decir. Esto ocurre, no sólo con poetas culteranos y pedantescos, como Licofrón y Góngora, sino con poetas que nadie me negará que lo son, como Dante y otros, los cuales necesitan comentario y le llevan en muchas ocasiones.

De este modo vincula la desatención de los lectores y el desinterés en su obra poética publicada entonces con la posible ininteligibilidad de su contenido y universo adyacente.

Otra faceta del poliédrico prisma valeriano tiene que ver con el humor. La elaboración humorística y satírica descuella en «Correo Extranjero» –escrito en colaboración con José Fernández Jiménez– y «A Jorge» que satiriza al mismo Campoamor. La tradición quevedesca la practica en «Aracosua» –subtitulado «Poema euskero, místico y picante»– que presenta a la reina de las moscas en el epicentro del folklore vasco, pues según la antigua mitología de Euscalerría, Aracosua es la diosa de las pulgas.

Las descripciones, lejos de empatizar con un sujeto que se autorretrata en medio de la naturaleza, se acercan al neoclasicismo y se alejan de la exuberancia léxica, así como de la pirotecnia verbal de Espronceda, según se observa, verbigracia, en el bucolismo de «La ninfa de las aguas» que rememora a Meléndez Valdés.

Otra constante en los versos de Valera es la presencia de alusiones clásicas sea a través de los personajes, los lugares o referencialmente. El Averno, el hijo de Némesis, Sibila, Tántalo o Erebo se reúnen en «La resurrección de Cristo». El campo significativo convierte en prados las corrientes y los bosques; allega el soplo, la brisa o el viento con Céfiro, convierte en luceros las estrellas, en vergeles los jardines. Florecen rosas y violetas, cantan los ruiseñores, arrullan las palomas y aletean las golondrinas. Se oye la lira, el arpa, etc. Si bien esta tendencia al neoclasicismo se acrisola principalmente en los dos primeros poemarios y se atenúa en las últimas composiciones.

Además del clasicismo, conviene subrayar en este apartado que Valera traduce de otras lenguas, lo cual se ha esbozado más arriba. Las versiones de Valera y las alusiones literarias e historiográficas ensamblan

la tradición cultural española con la Europea. Centrándonos más en la médula de su poética hemos rastreado un poema que lo leemos como una arte poética.

El poema que abre *Poesías* contiene varias afirmaciones poéticas. Oigámoslas para que por boca de Valera, cataloguemos su propio arte: «Al excelentísimo señor Don Antonio Alcalá Galiano. Carta dedicatoria» comienza con un lamento y una proclama (1-6):

> Con todos estos versos en la mano,
> infeliz parto del ingenio mío,
> que por ganar un nombre suda en vano,
> imploro tu favor, querido tío,
> y ya que celebrándolos me animas,
> a tu benevolencia los confío.

Reconoce la escasez de imágenes que late en sus poemas (23-24): «Encontrar en Iglesia luterana / o en mis versos, imágenes, es raro». Establece cierta trabazón entre la vida y sus versos (40-42): «[...] al disipar las sombras sin esencia, / con su esplendor fecunda e ilumina / el yermo oscuro de la humana ciencia». Aduce la predilección del pueblo (64-67):

> Mas al vulgo le agrada el sonsonete,
> y en habiendo palabras y ruido
> en que haya sentimiento no se mete,
> ni le enfada lo falto de sentido.

Y frente a este tipo de versificación del que él es consciente, propone su alternativa (68-75), aludiendo incluso a la forma (85-96):

> No digo yo que deba la poesía,
> su gracia y candidez dando en olvido,
> de contino enseñar filosofía.
> Más allá de la ciencia volar debe
> en alas de creadora fantasía,
> do la razón a entrar nunca se atreve,
> allí la inspiración, allí el misterio,
> a cábala del arte hallarse debe.
>
> Hay en la forma un misterioso arcano,
> que al docto preceptista desespera.
> Encarnarse no puede en verso humano
> lo que, viniendo de encumbrada esfera,

no se enuncia con frases ni describe;
mas se encarna en la forma de manera
que el alma íntimamente lo percibe
en la vaga armonía seductora
del inspirado canto donde vive.
¡Ay!, la poesía, que mi pecho adora,
vive también, y lo inefable y puro
con sus encantos manifiesta y dora.

No escatima Valera la invectiva contra la poesía que deplora (145-151, 175-177):

Hoy hacen los poetas que se siente
el monstruo de los héroes en el cielo.
¿Cómo la noble España lo consiente?
¿Acaso faltarán a nuestro anhelo
de recordar la gloria ya pasada,
para estímulo no, para consuelo,
nombres puros, virtud inmaculada?

Mas la poesía y entusiasmo santo
no logran en la edad en que vivimos
sacar a una nación de su quebranto.

Y como correlato y reflejo historiográfico parece justificar su temática clásica, a la vez que lamenta ciertos comportamientos y aconseja otros (181-186):

Fabrica, España, agujas y alfileres,
tafetanes, percal y cocotonía,
verás cómo el poder de nuevo adquieres.
Estudia la social economía,
no achicharres herejes, achicharra
al que ose no tomar tu mercancía.

Debido a la inevitable y deplorable realidad que aprehende, creemos que exhibe más contundencia en las muestras de autoafirmación (187-192):

Así de nuevo te alzarás bizarra,
y entonces yo y otros insignes vates
cantaremos con voces de chicharra
tus industriosos triunfos y combates;
las que juzgabas antes discreciones
entonces se tendrán por disparates.

Esta serie de 208 versos la compone Valera el mismo año de la publicación del libro en Madrid. Aclimata como remate la apoteosis proclamando explícitamente que (193-201):

> Yo entre tanto me iré por las regiones
> fantásticas del libre pensamiento,
> y me consolaré viendo visiones;
> porque la falta de ilusión que siento,
> el propio desengaño es quien me inspira,
> y por él busco en el Parnaso asiento;
> por él es metafísica mi lira,
> y al cantar la hermosura y los amores,
> metafísicamente ama y suspira.

Transitemos desde una declaración en verso hacia otra en prosa que hallamos en el prólogo por él mismo realizado para la traducción inglesa de Pepita Jiménez, en 1886 (Valera, 1898: vi):

> I am an advocate of art for art's sake. I think it in very bad taste, always impertinent, and often pedantic, to attempt to prove theses by writing stories. For such a purpose dissertations or books purely and severely didactic should be written. The object of a novel should be to charm, through a faithful representation of human actions and human passions, and to create by this fidelity to nature a beautiful work. The object of art is the creation of the beautiful, and whoever applies it to any other end, of however great utility this end may be, debases it. But it may chance, through a conjunction of favorable circumstances, by a happy inspiration, because in a given moment everything is disposed as by enchantment, or by supernatural influences, that an author's soul may become like a clear and magic mirror wherein are reflected all the ideas and all the sentiments that animate the eclectic spirit of his country, and in which these ideas and these sentiments lose their discordance, and group and combine themselves in pleasing agreement and harmony.

Ya se ha recopilado la confesión del autor y la autoproclamación sobre su poética. Ahora nos acercamos desde otro punto de vista, cambiando el ángulo de aproximación.

«Las aventuras de Cide Yahye» es un poema épico narrativo bastante amplio del que solo acaba la primera parte («La belleza ideal»). Se inspira en Boccaccio (*El Decamerón*) y destila una historia de sabor filosófico neoplatónico y aroma histórico verdadero. La acción es escasa y el ritmo argumental

ralentizado. El poco dinamismo que presenta la acción se percibe también en «La mano de la sultana».

El plantel femenino que brilla en los poemas puede agruparse en dos segmentos. Un elenco de poemas está inspirado en mujeres biográficas: La Avellaneda («A Lelia»), la Marquesa de Bedmar («A Lucía» y «Del Amor»), Julia Pacheco –de Lisboa– («A Julia»), la hija del Duque de Rivas («A Malvina») y Madeleine Broham («Saudades de Elisena»). Otro bloque de composiciones presenta nombres imaginarios, que no se corresponden con la realidad constatable. Se trata de una nómina poetizada: Marías, Lucindas, Lauretas, Delias, Elisas, Blanca Rosa, incluso nombres de raigambre grecolatina: Proserpina, Cintia o Lesbia.

La idealización platónica del amor que destella «Cide Yahye» se colma en «El fuego divino» cuya armonía macrocósmica arde al rescoldo místico de Fray Luis de León, sobre las ascuas de la lira[6]. Manuel Azaña (1967: LXII– LXIII) escribe que «se propuso cifrar en verso conceptos filosóficos». La vena más desesperanzadora descuella en poemas como «Desengaño» o «Sueños» que contrastan con el brío eclosionado en el seno de «A Melisa» o «Elisa de paseo». Jean Krynen (cfr. 1946) dedica un libro a cartografiar el esteticismo de Valera e infiere que la ambición del conocimiento se refleja en la filosofía mediante una aspiración estética de perfección absoluta, neoplatónica que constituye su esteticismo (cfr. Krynen, 1946: 6) y oscila entre dos polos: la mujer y «el ocultismo»[7], la poesía de Rimbaud y la mística de Plotino (Id., 47-66). Jean Krynen coteja esta deducción a partir de los poemas «El fuego divino», «A Glafira» y «Las Aventuras de Cide Yahye». Establece en concreto lo siguiente (Krynen, 1946: 89): «Son oeuvre intéressera au contraire, et au suprême degré le philosophe et l'esthéticien parce qu'elle est un exemple vivant de conversion de l'état poétique en ontologie philosophique que la situe aux confins de la littérature, de la philosophie et de la mystique».

---

[6] Cinco versos de siete y once sílabas aBabB.

[7] En nuestra opinión, la obra de Valera que descuella esta vertiente en su mejor expansión y amplitud es *Morsamor*, la última novela que escribe y una suerte de autobiografía espiritual.

Las líneas maestras de su arte poética están bañadas por la sobriedad clásica, la imaginería atenuada, el conceptismo oportuno, por ejemplo en el primer «Idilio» que escribe en *El Comendador Mendoza*, el cual remeda el modo escritural durante los Siglos de Oro.

Puede faltarle en ocasiones chispa emocional, «rapto lírico», «fantasía poderosa» o «efusión comunicativa» (Azaña, 1967: LXIII); quizá algunos extractos adolezcan de prosaicos, pero ahí están los poemas de sus años infantiles, de sus años mozos y de su madurez. Y, aunque se le achaque que es clásico en tiempos post-románticos y proto-rrealistas, ahí está su encanto, su esfuerzo, su tesón, su trabajo y su constancia vocacional que, mirados al trasluz, brillan con personalidad literaria.

VI EL AMOR PURO DE LO BELLO

Los versos externalizan la interioridad del poeta. Los moldes estróficos se anegan y se desbordan de materia subjetiva e intrínseca. En el poema-dedicatoria a Alcalá Galiano el autor predica el desaliño de sus versos y postula la comunión entre poesía y alma (94-105 y 202-208):

> ¡Ay!, la poesía, que mi pecho adora,
> vive también, y lo inefable y puro
> con sus encantos manifiesta y dora.
> Si no constituye ya ciclópeo muro
> ni los delfines en la mar amansa,
> el alma eleva al eternal seguro.
> Ella es la fuente cristalina mansa,
> en medio del desierto desolado,
> donde mi corazón bebe y descansa.
> Consuelo de mi pecho enamorado,
> única flor que en el vergel florece
> cuando todas las flores se han secado.
>
> Estos versos, sin gracia y sin colores,
> son de mi primavera, de la calma
> y el amor que pasó, las pobres flores;
> y aunque no me han de dar lauro ni palma
> por ellos, caro tío, ni dinero,
> antes que se marchiten en el alma
> bajo tu amparo publicarlos quiero.

Juan, el escritor, el poeta, el creador, reflexiona de forma reiterada sobre su noble ocupación y si rastreamos los documentos, no falta en sus mensajes la justa autoafirmación del poeta (Valera, 1930[a]: 15-16):

> Mi retraimiento y mi casi abandono de las Musas[8], merced a su desdén público, han producido varios efectos. El primero ha sido que he escrito poco. Con favor y aplauso, hubiera yo sido, a pesar de mi pereza, de fecundidad tal vez deplorable. Pero resulta también que los versos propios, y no parafraseados, son, en gran parte, de los albores de mi vida (...).

O estas frases de carácter netamente autorrepresentacional, las cuales rebasan en ocasiones los confines del ámbito personal: «La modestia y el orgullo coinciden en persuadirme de que soy poeta» (Valera, 1930a: 5). «[...] Yo porque soy poeta escribo» (*Ibidem*, 11). «[...] Yo quiero también dar al público mis versos» (*Ibidem*, 12). «Y [...] afirmo que mis versos, aun con todas sus faltas, valen lo que vale mi prosa, ya que en ellos está en germen, en cifra, en lírico y conciso resumen, todo lo que he sentido, pensado y escrito en prosa, más tarde, con mayor amplitud» (*Ibidem.*, 16). «[...] Bien se puede ser poeta en prosa» (*Ibidem*, 11). «[...] Sólo el poeta debe escribir» (*Ibidem*, 10). «El público ha tenido la bondad de gustar un poco de mi prosa, en la cual nada le he enseñado. Luego yo tengo algún motivo razonable para considerarme poeta en prosa, prosista o escritor» (*Ibidem*, 11). Nada que objetar y nada más adecuado que añadir.

¿No resulta digno de estudiar, en el marco literario y bio-psicológico, el hecho de que Valera escriba poemas durante toda su vida? ¿No parece, pues, que esta dedicación es más que una mera afición esporádica y casual?

VII NECESIDAD DE ESTUDIO

Una vez repasadas estas ideas germinales sobre los versos de don Juan y a tenor de la escasa información que hemos encontrado en los plúteos de las bibliotecas pensamos hace falta abordar la poesía de Valera en su conjunto. ¿A qué se debe este descuido de la crítica? ¿Es causa de la mala

---

[8] Este reclamo, ¿no es similar al de Cervantes en su *Viaje del Parnaso* (I, 25–27)?: «Yo, que siempre trabajo y me desvelo / por parecer que tengo de poeta / la gracia que no quiso darme el cielo».

calidad de las estrofas? ¿Tiene la culpa la vena transtextual clásica y sapiencial que atraviesa los poemas? ¿Produce hartazgo en los lectores su caudal erudito? ¿Es responsabilidad de los críticos que han capitaneado su revisión hasta el momento y que sólo han dedicado unos dos o tres renglones para minimizar el esfuerzo?

Ciertamente, se echa en falta un manual que analice y estudie de manera pormenorizada la poesía de Juan Valera y ojalá, más pronto que tarde, los anaqueles de las bibliotecas cuenten con él.

El objetivo de esta mirada que la Catedrática Dña. Angelina Costa, el Dr. D. Rafael Bonilla y el Ayuntamiento de Cabra nos permiten difundir es solamente iniciático y aureolar. Si hemos dejado claro que Juan Valera publica tres volúmenes de poesía a lo largo de sus 81 años de vida, que el primero (*Ensayos poéticos*) ve la luz a sus 20 años, el segundo (*Poesías*) cuando tiene 34 y el tercero (*Canciones, romances y poemas*) a los 62 años nos quedamos satisfechos. Y, si, por tanto, la querida lectora o el apreciado lector deduce que Juan Valera compone poemas, y reflexiona sobre su consagración vital al magisterio de la poesía, la meta de este ensayo está cubierta.

OBRAS CITADAS

ALCALÁ GALIANO, Antonio, «Prólogo de Poesías», *Poesías I. Obras Completas*, tomo 17, Carmen Valera, (1858) 1930, pp. 25-38.

AZAÑA, Manuel, «Introducción» a *Pepita Jiménez*, Madrid, Espasa Calpe, 1967, pp. IX-LXXII.

DECOSTER, Cyrus, *Obras desconocidas de Juan Valera*, Madrid, Castalia, 1967. ————, *Bibliografía crítica de Juan Valera*, Madrid, C. S. I. C., 1970.

JIMÉNEZ SERRANO, J., «Prólogo de Ensayos poéticos», *Poesías I. Obras Completas*, tomo 17, Carmen Valera, (1844) 1930, pp 21-24.

KRYNEN, Jean, *L'Esthetisme de Juan Valera*, Madrid, Rivadeneyra, 1946.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, «Notas», *Obras escogidas de Juan Valera. XII. Poesías escogidas*, Madrid, Espasa Calpe, (1886) 1928, pp. 45-51.

VALERA, Juan, «Author's preface to the American edition», *Pepita Ximenez*, New York, Appleton and Company, (1886) 1898, pp. iii–xiii.

————, «Al Señor D. Marcelino Menéndez Pelayo», *Poesías I. Obras Completas*, tomo 17, Carmen Valera, (1886) 1930a, pp. 5-20.

————, «Notas del autor», *Poesías I. Obras Completas*, tomo 17, Carmen Valera, (1886), 1930b, pp. 291-301.

————, *Obras Completas I*, L. Araujo Costa (ed.), Madrid, Aguilar, 1947, pp. 1350-1513.